

La angustia de las fronteras: ¿literatura comparada o estudios culturales?

Autor:
Rodríguez Pérsico, Adriana.

Revista
Filología

1997, N°30 1/2, pp. 45-57.



Artículo

LA ANGUSTIA DE LAS FRONTERAS: ¿LITERATURA COMPARADA O ESTUDIOS CULTURALES?

¿Cómo pensar las fronteras? ¿Línea imaginaria que separa lo conocido de lo extraño?, ¿territorio indeciso sobresaturado de contradicciones?, ¿espacio de disputa y de mezclas?, ¿zona híbrida que pertenece a cualquiera y a nadie? Lo cierto es que las fronteras -reales o imaginarias- requieren una permanente política de patrullaje. La custodia la ejercen la policía o los ideólogos. Muy a menudo, estos ideólogos son miembros académicos más o menos conspicuos que buscan conciliar el difícil entendimiento entre la libertad amplia que desean para sus trabajos y la libertad vigilada que quieren para los demás cuando no se admite la rigidez de los límites. En las páginas que siguen, el tema será las fronteras.

Hay épocas inciertas que se mueven con escepticismo y desconfianza, tironeadas por incertidumbres radicales que involucran, por igual, a los sujetos individuales y a la vida comunitaria. Los procesos de democratización que empezaron hace más de doscientos años continúan alternando breves momentos de seguridad con otros en los que el terreno firme se convierte en arenas movedizas. Estamos en un fin de siglo que ha hecho de los finales una de sus consignas: desde el fin de la historia, pasando por las ideologías y el agotamiento de los grandes relatos, hasta el fin de lo social o de las economías nacionales engullidas por la globalización. La anulación de las fronteras científicas por el gesto interdisciplinario constituye otro de los aspectos de la caída de las murallas.

Lejos de ser original, el diagnóstico apocalíptico retrotrae a los tiempos en que la voz profética de Martí (209) pronunció las palabras precisas donde el credo democrático no impide la ambigüedad instalada por la anáfora sobre los "ruines tiempos":

Asítese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la

masa; lo que no placirá a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso.

En ese momento, una sociedad azorada avanzaba a tientas entre la fragmentación y el vértigo modernizador mientras contemplaba, entre fascinada y temerosa, las transformaciones que arrasaban con todos los límites, desde los políticos a los sexuales, derrumbando verdades científicas y demoliendo sistemas de creencias. Ante semejante estado, los escritores -entre los que Martí es una excepción- se refugiaban en las alturas olímpicas del arte.

Pero cuando el arte y la crítica prefieren los embarrados caminos de la política -otra forma de transgredir las fronteras- a la asepsia estética, resurgen acuciantes las preguntas sobre las relaciones entre arte y sociedad, y sobre las funciones de las prácticas significantes. El arte recoge los conflictos de otras esferas, produce alternativas, los tematiza, los resuelve o los exaspera. Nuestro corto siglo XX -si aceptamos, con Hobsbawm, la duración de 80 años que comienza con la primera guerra mundial y termina con la guerra en la ex-Yugoslavia- expira con un redimensionamiento de territorios. La conmoción penetra todos los niveles; las humanidades, que se caracterizan por su textura porosa y su ductilidad ante la coyuntura, no podían permanecer ajenas.

El debate generado en el interior de la literatura comparada entre dos posiciones -que podemos denominar respectivamente como "tradicionalista" y "abolicionista"- puede interpretarse desde la óptica de la angustia que provoca el desvanecimiento de las fronteras, cuando se cuestiona el objeto que fortalece los límites y se disuelve su especificidad, cuando se desmaterializan las certezas metodológicas y la academia se vuelve un lugar incómodo a fuerza de anacrónico. El informe de 1993 preparado por Bernheimer para la ACLA (Asociación Americana de Literatura Comparada) aparece como un síntoma claro:

Literary phenomena are no longer the exclusive focus of our discipline. Rather, literary texts are now being approached as one discursive practice among others in a complex, shifting, and often contradictory field of cultural production

Todo síntoma trasparenta un estado profundo de desequilibrio: en este caso, aporta pruebas de la confusión de los investigadores en la edad del multiculturalismo. El proceso salta los estrechos contornos de la universidad y nos enfrenta a cuestiones políticas más generales.

Si revemos la historia reciente de la literatura comparada, comprobamos que está unida a las circunstancias dramáticas de exilio de los intelectuales que huían de una Europa ensangrentada. Cuando algunos críticos emigrados europeos se instalaron en los Estados Unidos, la fundación de la disciplina significó un embate positivo librado contra las fronteras discriminatorias de las literaturas

nacionales. Los comparatistas tachaban de sospechosas las prerrogativas lingüísticas y por ello propiciaron el estatuto idéntico de, al menos, dos sistemas culturales. Sin embargo, conservaron ciertas ideas jerárquicas y eurocéntricas en la medida en que los sistemas comparados dibujaban el mapa de Europa occidental que se extendía a lo sumo a Italia. Las literaturas francesa, española, inglesa o alemana se aliaban entre sí y, a veces, dejaban colarse a la dueña de casa. El ingreso de Latinoamérica a la sagrada cofradía se produjo a partir del boom literario y los procesos inmigratorios que ocurrieron dentro de los Estados Unidos.

Al cabo de varias generaciones, la situación actual envuelve otras problemáticas. Hay comparatistas que, dividiendo el campo en “elitistas” y “populistas”, achacan a otra línea atributos impugnatorios al usar términos como formalismo, poliglottismo, humanismo o canon occidental. El reposicionamiento obliga a nuevas definiciones —en última instancia, ¿qué es la definición sino una tentativa de enmarcar lo que se escapa?— porque si unos aparecen como “separatistas” en tanto consideran la especificidad de la práctica, otros se orientan hacia una perspectiva “abolicionista”, moderada o radical, que niega la necesidad del plurilingüismo, concibe una literatura comparada nacional a través de una práctica que atienda a la diversidad cultural o lingüística dentro de los estados y olvida el canon occidental para inclinarse por su inverso. En un gesto tan amplio y descontextualizado como el anterior, sepulta las diferencias suponiendo una homogeneidad inexistente en el dilatado territorio del Tercer Mundo. Los más radicales ceden ante el poderoso avance de los estudios culturales y aspiran a incorporarlos a la disciplina.

El cuadro desplegado no deja de ser una simplificación. A modo de descargo, la literatura comparada nació en la articulación del supranacionalismo con la interdisciplinarietà. Tales fueron los caminos emprendidos por los investigadores en las décadas de 1950 y 1960. Si la acusación radica en la vocación tautológica del inmanentismo, bastaría recordar a Auerbach para invalidarla así como agregar que los epígonos no son sino el reflejo degradado de los antecesores. Respecto del carácter internacionalista, el arte de la posmodernidad vive una coyuntura paradójica en la que la fragmentación coexiste con la globalización.

Los conflictos esbozados llevan a otros tipos de pasajes: me refiero a la apropiación de teorías enunciadas en otros ámbitos. El planteo -que no pretende reflotar las antinomias setentistas de autonomía o dependencia- trata más bien de formular algunas preguntas pragmáticas: ¿para qué nos sirven esas teorías?, ¿cómo las usamos?, ¿cuáles son las relaciones entre las teorías, las literaturas que contemplan y los lugares específicos de enunciación del crítico? Como paso previo, se torna imprescindible despejar posiciones geográficas que son también lugares ideológicos. Aceptado el hecho de que los universalismos han fracasado, debemos tener presente que las micropolíticas requieren de la acotación; en este

sentido, los contornos de los campos disciplinarios tienen que ver con la posición de los enunciadores. Una obviedad que muy a menudo se esquivo en favor de una globalización que entromete un esencialismo vacío en la literatura que no es sino particularidad y materia.

En el momento en que gran parte de los comparatistas reclaman para sí los anchos intereses de los estudios culturales y piden prestadas sus heterogéneas teorías, se impone una cuestión ética: ¿dónde comienza la duda que nos constituye como intelectuales y dónde las formas tranquilizadoras de las actitudes políticamente correctas? A medida que matizamos las respuestas, parecería que en vez de aproximarnos a algún acceso satisfactorio aunque provisorio, proyectamos otros conos de sombra. Si, por un lado, aceptamos que la nuestra es una práctica discursiva entre otras posibles declaramos la muerte —por lo menos, hasta la próxima resurrección— de la literatura. Por otro lado, seguir sosteniendo a la literatura en su lugar central implica creer que ella significa de modo peculiar.

A causa de su especularidad, los binarismos nunca fueron operativos y conducen a callejones sin salida. Tampoco nos compete a los críticos desempeñar la tarea religiosa de la reconciliación. Podríamos, quizás, desplazar el foco y moviéndonos de nuestras posiciones confortables, darnos un papel protagonista para leer desde la literatura lo que no ha sido escrito como tal o lo que el canon deja afuera. Cambiar los lugares sería una forma de continuar amando a la vez la literatura y la política articulándolas en nuestras prácticas. La cuestión resulta de orden estratégico no bien planificamos una política para actuar en un campo.

Las discusiones académicas suelen resbalar hacia una especie de tiempo mítico del eterno retorno. Sucede, por ejemplo, con el volumen *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism* que reúne, en una serie de trabajos críticos, las posiciones más encontradas. Es notable comprobar la recurrencia de ciertos argumentos: los críticos enfatizan el objeto literatura o cultura como si pudieran despegarse, como si la literatura pudiera divorciarse de sus contextos materiales de producción y recepción. Entre la sobresaturación de interrogantes, la imprecisión más flagrante se encuentra en el concepto de comparación: ¿cuáles son los términos que entran?, ¿con qué estatuto?, ¿qué metodologías intervienen?, puesto que para que exista el proceso, hay que movilizar semejanzas y diferencias, ¿dónde se pone el énfasis?, ¿implican esas tensiones un sistema de valores?. El crítico debe manejar un espectro amplio de posibilidades, entre ellas: la/s literatura/s nacional/es se enfrenta/n con la literatura de la metrópolis, dos literaturas europeas se vinculan sin prevalecer una sobre la otra, se comparan distintas literaturas en el marco de una nación, se examinan las traducciones y los originales.

Actualmente los movimientos separatistas hacen de las lenguas y de la literatura escritas en esas lenguas un factor decisivo de lucha política en la construcción de la identidad cultural. Por un lado, se extienden las reivindicacio-

nes de las literaturas regionales dentro de los espacios nacionales en un intento de demarcación de las comunidades culturales, étnicas o religiosas. Por otro, operando una política inversa, las comunidades mezclan sus lenguas -la literatura chicana en los Estados Unidos o la literatura en portugués son casos visibles- mostrando una capacidad inusitada de disolver fronteras geográficas, lingüísticas, culturales o étnicas. Así, las operaciones de hibridación funcionan como contracara de las perezas asertivas.

Estos fenómenos que descubren los países centrales en la era del multiculturalismo, forman para los latinoamericanos, la base de nuestras tradiciones configuradas en torno a las mezclas y las superposiciones, a los fragmentos y el bricolage de culturas. Lo que aparece conflictivo para otros pueblos, a los latinoamericanos no nos desvela porque estamos constituidos por una cantidad de otredades que se han vuelto diversidades en su arraigo en tierras americanas. Al observar los procesos de conquista, colonización y migraciones, el cubano Fernando Ortiz acuñó el concepto de *transculturación* que luego complejizó Angel Rama para caracterizar a las culturas latinoamericanas.

Con el objetivo de hacer inteligible la confusión, algunas voces intentan un diálogo entre la literatura comparada y los estudios culturales. La inglesa Susan Bassnett en *Comparative Literature* retoma dos tópicos fundamentales de la disciplina -las tensiones entre las literaturas de los colonizados y del imperio, y el tema de las lenguas- para enfocarlos desde otros ángulos.¹ El sesgo actualizador proviene de los estudios culturales al ver en las literaturas poscoloniales y los estudios de traducción, dos caminos viables para la repolitización del campo. Si la literatura comparada se ha entendido como actividad política, Bassnett observa la recuperación de ese rasgo en las prácticas de los escritores e intelectuales del Tercer Mundo que reafirman la identidad cultural y nacional en el período poscolonial.

Y si prueba con solvencia sus hipótesis ilustrando con lo que ha sucedido en la India a través de las luchas simbólicas entre las literaturas nacionales y la literatura inglesa, en esta parte del mundo, el proceso se resiste a la homologación poniendo en jaque la noción misma de poscolonial que para nosotros se remonta al siglo XIX, cuando después de darnos la independencia política, nuestros intelectuales imaginaron la liberación lingüística y cultural. Para América, el conflicto tiene la edad del romanticismo: fundar las literaturas para las naciones que acababan de independizarse. Las literaturas adquirirían las fronteras de los nuevos países.

Una vez más la crítica busca su papel en la vida pública. Siempre agudo, Peter Brooks comenta un pasaje de la conferencia que Terry Eagleton pronunció con motivo de su ingreso como Wharton Professor of English en Oxford.

¹ Susan Bassnett, *Comparative Literature. A critical Introduction*. Oxford UK & Cambridge USA, Blackwell, 1993.

Sostiene Eagleton que los estudios literarios y culturales se han convertido en campo de batalla, dentro y fuera de la universidad, porque han tomado a su cargo las cuestiones vitales que otras disciplinas olvidaron en el proceso de profesionalización:

For the great speculative questions of truth and justice, of freedom and happiness, have to find a home somewhere; and if an aridly technical philosophy, or a drearily positivist sociology, are no hospitable media for such explorations, then they will be displaced onto a criticism which is simply not intellectually equipped to take this train. (105)

Se trata de aferrar algunos límites para sortear los extravíos de la improvisación. En otras palabras, cultivar un cierto control para no convertirnos en antropólogos, historiadores o filósofos aficionados. Más allá del amateurismo o la especialización, deslindamos dos niveles en nuestra práctica porque la responsabilidad que compete de hecho al intelectual no guarda semejanza con el panfleto militante. La mirada se hace miope cuando se confunde la intervención con la moral o cuando la ética del trabajo se desliza hacia la corrección política.

Actualmente, una crisis de identidad afecta también a los estudios culturales donde se plantean los conflictos surgidos como consecuencia de los procesos de institucionalización y canonización del campo. La crisis revela otra angustia por las fronteras. En el caso de los estudios culturales, busca cómo desencorsetar los clisés rompiendo con las constricciones impuestas por la academia.

A partir de los años 70, el campo social estalla con una proliferación de políticas locales que movilizan los nuevos movimientos sociales. Estos movimientos tuvieron y tienen su correlato universitario. Organizados alrededor de los tópicos de género y sexualidad, identidad nacional y nacionalidad, colonialismo y poscolonialismo, raza y etnicidad o ecología o alrededor de una cantidad de temas —la cultura popular y las audiencias, las sociedades massmediáticas, las instituciones culturales o la problemática de la globalización cultural en la era posmoderna— los estudios culturales conocen hoy una dispersión positiva y una expansión inusitada. Sin embargo, la neutralización del carácter revulsivo de los discursos por su inserción en la academia parece ser la culminación inevitable y poco deseada.

Puesto que los estudios culturales están ligados con las coyunturas, ensayemos una genealogía probable. En la base de su fundación existió un plan de intervención política propiciado desde fuera de la academia. Mientras en los Estados Unidos se consolida la disciplina literatura comparada, en Inglaterra comienzan los estudios culturales con la publicación de *The Uses of Literacy* de Hoggart al que siguen *Culture and Society* de Williams y *The Making of the English Working Class* de Thompson. Los iniciadores quisieron combatir los

estudios literarios que llevaban la marca formalista del crítico Leavis. No obstante, mantuvieron una ambivalencia irresuelta porque si por un lado aceptaban la riqueza de los textos canónicos frente a las formas más empobrecedoras de la cultura de masas, por otro, acusaban a los estudios literarios de haber borrado gran parte de las formas de vida comunales. Sirva como ejemplo el libro de Hoggart. En un intento por romper con el positivismo social o científico, Hoggart describe los cambios en la vida de la clase obrera inglesa a través de sus propias experiencias. Entre la nostalgia y la denostación, el libro combina la evocación de las comunidades obreras industriales relativamente intocadas por la cultura comercial y el ataque a la moderna cultura de masas.

Hubo dos apoyaturas fuertes para la constitución del campo: una provino de los historiadores marxistas ingleses y de la sociología que buscaban redefinir el papel de la cultura en la construcción de un sujeto colectivo —la clase obrera inglesa—, la otra penetró con el pensamiento estructuralista y posestructuralista francés; particularmente fructífera fue la noción althusseriana de ideología y aparatos ideológicos del estado. La ruptura decisiva ocurre con la irrupción del feminismo y los estudios sobre racismo a partir de los 70.

John Beverley (48) da una explicación adecuada sobre la convergencia de dos proyectos en el nacimiento de los estudios culturales:

había una coincidencia entre un proyecto izquierdista de trasladar la agenda de los sesenta a la universidad -criticar a las disciplinas, democratizar estructuras, modificar requisitos, dismantelar el canon, crear nuevos espacios para trabajar con más libertad- y un proyecto neocapitalista de reforma y modernización educacional.

Algunos acontecimientos podrían conectar dos extremos temporales y espaciales —ya que tratamos de fronteras— marcados por los comienzos y el balance del proyecto que hace Williams poco antes de su muerte. Los comienzos: tanto Hoggart como Williams y Thompson fueron maestros en programas de educación para adultos. En 1964, cuando se crea el Centre for Contemporary Cultural Studies en Birmingham, la reflexión se coloca, deliberadamente, al margen de las instituciones tradicionales y opta por ligarse a los cursos sobre ideología y cultura de la Open University y a periódicos como *New Formations*, *Cultural Studies* y *Screen*. La idea crucial consistía en revisar los cambios sociales desde el punto de vista de los cambios culturales. Pensados como proyecto, los estudios culturales presentan desde el inicio una tradición intelectual y política. En esta doble articulación, conciben a la cultura como el objeto de estudio y el lugar de crítica política e intervención.

Leo el otro extremo en “The Future of Cultural Studies”, una conferencia dada por Williams en 1986 en la Association for Cultural Studies de la NorthEast London Polytechnic, donde propone enderezar rumbos, reencauzar a los estu-

dios culturales por los senderos pioneros. La vuelta no tiene que ver con la nostalgia del origen sino con la práctica de la intervención. Williams sostiene que no puede haber comprensión de un proyecto intelectual o artístico si no se entiende su formación puesto que estos conceptos —"proyecto" y "formación"— orientan las formas reales del trabajo intelectual y artístico. De ahí la necesidad de examinar el tipo de formación a partir del que se desarrolló el proyecto de los estudios culturales para enfocar luego los cambios de la formación que produjeron las derivaciones del mismo. La historia que traza Williams no está armada en torno a la historia de los textos fundadores sino alrededor del programa educativo de un grupo al que caracteriza como "deliberate break with the traditions of its own society in adult education" (156). Williams subraya varios rasgos que dan identidad al proyecto: la marginación de las instituciones, el intercambio entre profesores y alumnos, la falta de límites de las disciplinas. La argumentación mantiene una actitud cauta ante el avance de los estudios culturales, ya que si por un lado celebra su desarrollo, por otro, lamenta la incorporación a la academia.

Aunque en ningún pasaje lo hace explícito, creo que Williams intuye uno de los problemas de la extensión del campo como es la deshistorización. Cuando se refiere a una disciplina bien configurada en la actualidad, los Media Studies, y poniendo el caso del estudio de las soap operas y de la ficción popular se pregunta:

Yet I do wonder about the courses where the teachers -and I would say also the students- have not themselves encountered the problems of naturalist and realist drama, of social-problem drama, or of certain kinds of serial form in the nineteenth century; which are elements in the constitution of these precise contemporary situation, with their partly new and partly old content, partly new and partly old techniques, can be explored with weight on both sides. (Williams 159)

Termina recordando la necesidad de perseverar en una elección que tiene que ver con la fidelidad a los propios intereses intelectuales. Entre los inicios y la actualidad, hay una cantidad de transformaciones, apologías y detracciones. Sinteticemos diciendo que los estudios culturales atraviesan hoy por una difícil coyuntura: el proceso de canibalización ha culminado con relativo éxito. La academia deglute con su estómago formidable, tritura y digiere lo transgresor, asimila lo contestatario y lo acomoda en sus pliegues.

Quizás sea Stuart Hall, otro de los directores del Centro, quien ha sintetizado con más agudeza la historia del campo insistiendo en la "vocación política" inherente a él. En "Cultural Studies and its Theoretical Legacies", Hall (278) describe sucesivos estadios negándose a la clausura:

Cultural Studies has multiple discourses; it has a number of different histories. It is a whole set of formations; it has its own different conjunctures and moments in the past. It included many different kinds of work.

Pero si rechaza desde un principio la imposición de algunos límites, establece otros nítidos: "Although cultural studies as a project is open-ended, it can't be simply pluralist in that way" (278). La democratización no se diluye en un pluralismo inconsistente.

Aquí entramos en una de las fases más controvertidas que se inicia con la masificación de las teorías posestructuralistas o como prefiere Hall, el "diluvio deconstructivista". Para evitar las generalizaciones burdas, Hall distingue entre trabajo intelectual —que apunta a una intervención en el mundo— y trabajo académico. Entonces, cabe destacar una permanencia: el objetivo es entender los cambios sociales y los cambios culturales.

Los llamados de alerta son variaciones sobre el tema de la despolitización de las prácticas. El peligro inminente cristaliza en esquemas repetitivos cuando la teorización se vuelve coartada intelectual. Un caso extremo se vislumbra en la producción de centenas de artículos que ponen la reflexión sobre el poder o la diferencia como centros excluyentes, bastardeando las complejidades del pensamiento foucaultiano o la filosofía derrideana. Cuando las políticas de la diferencia invaden el campo del debate intelectual y transforman los discursos hasta ese momento locales en hegemónicos, comienza el eclipse del cuestionamiento.

Podemos ahora esbozar algunos riesgos de este monopolio reflexivo: universalización de los lugares de enunciación, deshistorización, canonización de lo otro transformando lo marginal en central, despolitización y neutralización, pérdida del pensamiento dialéctico. Otro resultado no menos negativo es el establecimiento de nuevas fronteras donde quepan las diferencias porque es claro que la tarea de deconstruir las representaciones de las diferencias que hace el poder es correlativa a la de tramar otras redes de diferencias que realizan los contradiscursos de las minorías. En el primer caso, se trata de un discurso impugnatorio, en el segundo prima un espíritu de reconciliación que enfatiza las armonías disfrazando cualquier tipo de fracturas interiores para subrayar las asechanzas que provienen del exterior. Creo que en este punto, las diferencias se toman indiferentes.² Lo paradójico de los estudios culturales es que un programa ligado con la militancia política de los años 60 ha llegado a ser absorbido por la academia. Pero, ¿acaso las vanguardias no fueron incorporadas al museo?

² Véase Adriana Rodríguez Pérsico. "Las indiferencias de las diferencias" en *Literatura e Diferença*. São Paulo, IV Congresso ABRALIC, 1994, 13-16.

En el desarrollo de las políticas posmodernas de la diferencia, la antropología proveyó uno de los modelos. La cuestión de la diferencia y la otredad es constitutiva de la ciencia antropológica. Los juegos y las tensiones entre identidades y diferencias guían el trabajo del etnógrafo que se enfrenta con una cultura otra a la que debe describir e interpretar. James Clifford modifica la pregunta por la pertenencia, haciendo otra que contiene la posición vacilante del sujeto cognoscente. Afirma que el conocimiento comparativo sólo se produce a través del itinerario: “where are you from?” se transforma así en: “where are you between?” Ese espacio del entre se vuelve el lugar del crítico —del antropólogo en el caso de Clifford (105)— no bien concebimos las culturas a la vez como lugares de residencia, de moradía y de viaje: “The metaphor of travel, for me, has been a serious dream of mapping without going “off earth”.

Ni anfitrión ni turista, podríamos interpretar siguiendo a Clifford. La primera imagen remite a un lugar cómodo y conocido; recorreremos la casa propia sin sorpresas, aún con los ojos cerrados, pero ello nos quita visión estereoscópica. Por otra parte, el turista sólo percibe fachadas, las superficies brillantes de la arquitectura. El lugar se diseña en la paradoja: sentirnos extraños en nuestros dominios y curiosos en territorios ajenos. Si bien la imagen conviene a los comparatistas, también resume la posición de cualquier intelectual que debe empezar una nueva travesía no bien ha tocado puerto seguro.

En el transcurso de sus viajes internacionales, los estudios culturales se han modificado. Para el contexto latinoamericano, la Red Interamericana de Estudios Culturales -organizada por George Yúdice y Néstor García Canclini- elaboró un proyecto cuyo núcleo son los estudios subalternos. Inspirados en el grupo de historiadores y politicólogos indios que encabeza Ranajit Guha, los latinoamericanistas subrayan coincidencias respecto de algunos ejes. Las afinidades abarcan la insatisfacción ante ciertas ideologías como el nacionalismo populista y o la teoría de la dependencia, la crítica a las instituciones de la cultura alta o las reticencias al historicismo eurocéntrico y el vanguardismo modernizador. Cuando Beverley expone el proyecto intelectual de García Canclini subraya sus aportes y sus límites. Respecto de la cultura popular y de masas, García Canclini se distancia de la escuela frankfurtiana que lee en ese espacio sólo tretas de manipulación. Por el contrario, el argentino mantiene una visión afirmativa de la cultura popular y de la cultura de masas concibiéndolas como los lugares por los que pasa la cultura hoy; poseedora de una dinámica propia, la cultura popular no requiere de la autorización de la cultura alta. Sin embargo, Beverley (52) hace reparos al concepto de hibridez cultural asimilándolo a la noción de transculturación:

Para mí, la categoría de hibridez implica una *superación dialéctica* (*Aufhebung*) de un estado de contradicción o disonancia inicial en la formación de un sujeto o práctico social de nuevo tipo. Pero, ¿qué pasa si ponemos el énfasis a la contradicción en vez de su superación?

¿Cuál es el salto que no puede dar García Canclini según la óptica de Beverley? Si bien el proyecto contribuye a una reformulación de la izquierda en las condiciones actuales de globalización, continúa la lógica del sistema olvidando alentar las contradicciones del mismo. Beverley reocupa en primer plano la fuerza originaria de los estudios culturales que consistía en la *representación* en el doble sentido de *hablar por* y *hablar de*. Por eso, la respuesta a la pregunta insistente que demanda una definición de los estudios culturales la ofrece Jameson: es el deseo de formar un nuevo bloque histórico.³

Para la izquierda, Gramsci es como lo reprimido: siempre retorna. En la línea del pensador italiano, Laclau y Mouffe desarrollan, en *Hegemony and Socialist Strategy*, una teoría fascinante respecto de las luchas de resistencia que realizan los nuevos movimientos sociales en un campo social plural.⁴ La noción de sujeto es uno de los puntos claves en la medida en que quiebra la categoría de sujeto como unidad racional y transparente, que transmite un sólo y homogéneo significado para el campo total de las conductas del individuo, para reemplazarla por la categoría de sujeto como posiciones en una estructura discursiva. De este modo, el discurso se construye en el conjunto de posiciones diferenciales. La afirmación del carácter discursivo de las posiciones subjetivas se liga al rechazo de la noción de sujeto como origen o totalidad fundante y al reconocimiento de la dispersión y el descentramiento de algunas posiciones subjetivas respecto de otras.

La multiplicación de los espacios políticos abre una alternativa válida a la nueva izquierda para el establecimiento de una democracia radical. Laclau y Mouffe sustituyen el concepto marxista de “lucha de clases” por el de “proliferación de antagonismos” que sería la forma en que se dan los conflictos en el interior de una democracia: cada movimiento tiende a crear su propio espacio politizando un área específica de relaciones sociales.

Contra la mentada muerte de las ideologías, los escritos más recientes de Laclau despliegan una teoría de la ideología diseñada a partir de la combinación de elementos marxistas, foucaultianos, gramscianos y semióticos. Sus reflexiones configuran propuestas de peso para las democracias actuales y logran la posiciones democráticas del facilismo populista. En estas últimas décadas, la

³ Recordemos que Gramsci entiende por “bloque histórico” la estructura en la que las clases son constituidas tanto en el nivel económico (aquí distingue entre clases “fundamentales” y fracciones de clase) como en el nivel político en el que las clases y las fracciones de clase se combinan. La sociedad civil, mediadora entre la economía y el estado, configura el terreno en que las clases luchan por el poder económico, político o ideológico. Las luchas por la hegemonía se disputan en el terreno de la sociedad civil. La hegemonía del bloque dominante no afecta solo al nivel político sino a todos los aspectos de la vida y del pensamiento de la sociedad. Para Gramsci, la cultura era uno de los aspectos decisivos.

⁴ E. Laclau & Ch. Mouffe., *Hegemony & Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. London, New York, Verso, 1993.

apelación al pluralismo se ha convertido en una especie de slogan que atraviesa todas las esferas. Hay voces que hacen de él el correlato de un sistema democrático basado en los valores de libertad e igualdad. Y si en la vida cotidiana, nadie puede poner en duda el beneficio comunitario que aportan dichos principios, ¿cómo reconocer las lábiles fronteras que separan la validez del derecho del cinismo gatopardista?

Ante el canto de sirena que, a veces, entonan los estudios culturales, muchos han celebrado el último best-seller de Harold Bloom como una forma de enfrentamiento.⁵ Un petardismo a ultranza desafía los modos discursivos políticamente correctos. *The Western Canon*, Bloom la emprende contra las seis ramas de lo que denomina escuela del resentimiento: feministas, marxistas, semióticos, nuevos historicistas, deconstruccionistas y lacanianos. En un texto que hace del terrorismo verbal su eficacia, defiende el canon literario occidental, una lista obviamente inventada por el crítico con una mayoría de escritores de lengua inglesa, algunos franceses y alemanes, el italiano Dante, el ruso Tolstoi, el noruego Ibsen. Bloom otorga un espacio demasiado estrecho para la lengua española, representada por Cervantes, Borges y Neruda. Para la portuguesa, el lugar es aún más restringido: sólo el poeta Fernando Pessoa alcanza las glorias del canon. La incorrección de Bloom se potencia con aseveraciones categóricas que modula un discurso divisor de aguas, jerárquico y masculino. No hay que hacer un análisis sofisticado para corroborar su postura; basta con recorrer la acumulación de expresiones apodícticas con las que se refiere a la literatura elegida: “strong”, “grandeur”, “high”, “great”, “originality”, “aesthetic power”, “aesthetic dignity”. El canon para Bloom se materializa en la conjunción de la extrañeza y la belleza. Las referencias a Nietzsche que cierran el prefacio y el primer apartado de la parte I —“An Elegy for the Canon”— son de por sí elocuentes. Pero la mala educación de Bloom se revela falaz desde el momento en que sus enunciados rebeldes se acomodan en la institución. En efecto, Bloom habla desde su cargo de Sterling Professor of Humanities en la universidad de Yale.

Para cerrar estas consideraciones sobre el diferendo entre la literatura comparada y los estudios culturales, agregaría que no creo que la solución a la crisis de un campo pueda hallarse en otra crisis. Las respuestas no las encontrará el lector en estas páginas simplemente porque quien escribe las desconoce. Con un poco de modestia, propondría continuar ejerciendo nuestras prácticas preservando las contradicciones en nuestras lecturas. Sin intenciones de erigirme en juez de la crítica, la visión culturalista combinada con el trabajo interdisciplinario tiene en Latinoamérica una tradición rica a la que habría que volver los ojos cada

⁵ Harold Bloom, *The Western Canon. The Book and School of the Ages*, New York. Riverhead Books. 1995.

vez que nos llegan las últimas panaceas de los debates intelectuales. Acercaría los nombres de Angel Rama y de José Luis Romero pero para no cometer injusticias, dejo al lector el placer de confeccionar su propia lista.

ADRIANA RODRÍGUEZ PÉRSICO

Universidad de Buenos Aires

OBRAS CITADAS

- BERNHEIMER, CHARLES. 1995. "The Bernheimer Report, 1993. Comparative Literature at the Turn of the Century" en Charles Bernheimer (ed.). *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press.
- BEVERLEY, JOHN. 1996. "Estudios Culturales" en *Revista de Crítica Cultural* 12, julio de 1996, Santiago de Chile, 46-53.
- BROOKS, PETER. 1995. "Must We Apologize?" en Bernheimer, op. cit., 97-106.
- CLIFFORD, JAMES. 1992. "Traveling Cultures" en L. Grossberg et al. op. cit., 96-112.
- HALL, STUART. 1992. "Cultural Studies and its Theoretical Legacies" en L. Grossberg, C. Nelson y P. Treichler (ed.). *Cultural Studies*. New York, London, Routledge, 277-286.
- MARTÍ, JOSÉ. 1989. "Prólogo" al Poema del Niágara en *Obra literaria*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 205-217.
- WILLIAMS, RAYMOND. 1994. "The Future of Cultural Studies" en Williams, R. *The Politics of Modernism. Against the New Conformists*. London, New York, Verso, 151-162.